

Indígenas sin tierra y sin derechos

Un correo electrónico desde Perú fue el detonante para emprender un largo viaje a la Selva Central. Xosé Abad, Fernando S. Cabeza, Senen Murias y Carlos Vázquez, miembros de la Fundación Paz y Solidaridad, desarrollaron un plan de acción para dar a conocer lo que allí estaba pasando. "Se mezclaban diferentes problemas. La lucha contra Sendero Luminoso, el conflicto con las petroleras, las madereras y la presión de los colonos", cuenta Xosé Abad. Además de las constantes amenazas de los narcotraficantes, las persecuciones de los Servicios Antidroga Norteamericanos (DEA) y la esclavitud que sufren los cultivadores de coca que no tienen ni para vivir. La historia de los asháninkas es la de una comunidad pobre, de rostros sin voz y sin derechos, que no tiene reconocidas sus propiedades y no cuenta con nadie que legalice su situación en un mundo civilizado. En los Andes del Perú nacen los ríos Marañón y Ucayali, cuya confluencia origina el Amazonas. De los 75 pueblos que habitan la zona, el más numeroso es el asháninka, compuesto por unas 55.000 personas. Pertenecen a la familia lingüística arawak cuyos antepasados ocupaban dicho enclave en el año 3.000 a.de C.

"Entrar en el corazón del pueblo asháninka es duro -señala Carlos Vázquez, coordinador del viaje-. Nos encontramos ante un santuario con gruesas puertas que tan sólo ellos pueden abrir. Nunca hasta ahora un equipo informativo las había traspasado grabando más de 40 horas, tomando miles de fotos, siendo recibidos por las asambleas de los poblados de 14 comunidades asháninkas desperdigadas por las cuencas de los ríos Apurímac, Ene, Tambo y Perené, las arterias de la Selva Central. La bienvenida se celebró de noche a la luz de las velas, ellos nos veían, nosotros a ellos no".

"No ha sido fácil llegar hasta aquí. En Perú -dice Abad- la hora de coca es legal y se puede cultivar. La droga teóricamente no se puede elaborar, pero la producción de coca es sin duda para ese fin. Por eso tuvimos que pasar por varias fases. Primero, ganarnos la confianza de los asháninka, que lógicamente desconfían de cualquier iniciativa que venga del hombre blanco. Luego, conseguir salvoconductos para los controles que hay a lo largo del río. Pasamos por una zona de narcotraficantes. Como seas más rubio de lo normal pueden pensar, en el mejor de los casos, que eres periodista o sospechar, sin más, que eres de la DEA y, entonces, mandan dos sicarios y te liquidan". "Aunque -comenta Senen Murias, director de la Fundación- la DEA pinta aquí lo mismo que en otros pueblos latinoamericanos. Su labor es nefasta. El campesino que cultiva coca es un señor paupérrimo que no tiene otra cosa para alimentarse. La DEA no mete mano a los banqueros norteamericanos. Olvida que el beneficio de la droga es para los que llevan la distribución fonal".

Algunos asháninkas han tenido contacto con el mundo occidental, aunque siempre han regresado a su núcleo. En las comunidades, cada miembro posee una choza de madera o cañizo con techo de palma y suelo de tierra. Desarrollan su hábitat en los ríos, sus principales vías de comunicación, y sus poblados se encuentran algo separados de los mismos para evitar lo que ellos denominan "manta blanca", nubes de minúsculos mosquitos muy molestos.

Respeto por la naturaleza

"Lo que más llama la atención es su relación con la naturaleza -cuenta Abad-. Creen que forman parte de la selva. Para ellos un animal es un habitante más. Cuando van a cazar, deben matar al animal. No pueden errar y herirle, sería una ofensa para el espíritu de ese animal. El padre de los animales los haría desgraciados y no volverían a ser certeros en sus disparos. Creen en la existencia de espíritus tutelares y poseen un profundo respeto hacia todo".

En esta sociedad sólo se contempla la división del trabajo en función del sexo. El hombre tiene un papel dominante. Se ocupa de lo esencial: la pesca, la caza, la construcción de la vivienda y la agricultura. La mujer, de aspectos más secundarios, aunque de forma cada vez más destacada también participa en las asambleas. Procuran casarse sin papeles y a pesar de que la mortalidad infantil es muy grande por culpa de la desnutrición, tienen muchos hijos; hay familias con más de diez niños. Para ellos es muy importante el intercambio de bienes como medio para establecer relaciones. Si alguien caza un animal grande, lo que sobra de su consumo familiar lo reparte entre los miembros de su comunidad.

"Realmente es así -reconoce Abad- no entiendo un asháninka sin su comunidad. Estamos hablando de una cultura muy arcaica. Para nosotros ha sido muy importante conocer sus costumbres, porque descubres cómo era la vida y esa forma tan suya de mantener el equilibrio".

"Siembran yuca, también plátano, maíz... Siguen utilizando el arco y las flechas -continúa Abad-, cuentan con varias técnicas de pesca y si tienen que hacer un trabajo colectivo, hoy lo hacen en la tierra de uno y mañana se van a la del vecino. Es una felicidad feliz ese concepto lúdico de la vida. Una comunidad dura, pero apacible. No sé si se trata de una democracia, no sé si es una forma de comunismo. Cualquier decisión es comunitaria, si un jefe elegido es un mal jefe hacen una asamblea y ponen a otro".

"Son muchas las experiencias que hemos vivido. Una fue llegar a Otari, un poblado donde asistimos a una típica ceremonia de bienvenida desplegada por el jefe Barbosa en nuestro honor. Vimos sus bailes ancestrales y desde allí realizamos la primera transmisión radiofónica. Utilizamos el primer teléfono vía satélite que utilizó Fujimori en la guerra contra Ecuador. A partir de ese momento comenzaron los días de navegación en una recia canoa alargada y estrecha con motor fueraborda". "En la cuenta de cada río -comenta Carlos Vázquez- un dirigente de la Asociación Regional de Pueblos Indígenas de la Selva Central (Arpi S.C.) se hacía cargo de la expedición. Podíamos encontrarnos con narcotraficantes o con alguna columna de Sendero Luminoso. Hemos ido pasando de la mano de un dirigente a otro hasta finalizar el recorrido". Uno de los acompañantes fue Guillermo Ñaco, el presidente de Arpi, quien define su comunidad como "personas de la Selva Central del Perú, ni más ni menos. Somos humanos, al igual que ustedes. En la Amazonía peruana somos 75 pueblos originarios. Si sobrevivimos no es gracias al Estado peruano, ni a gobiernos vecinos, sino al conocimiento que hemos acumulado generación tras generación.

Preservar los bosques

"Gracias a su esfuerzo -apunta Murias- aún se pueden ver bosques en lugares donde sin ellos los árboles habrían desaparecido. Sin embargo, los ríos están contaminados". Ñaco recuerda "que en otros tiempos las aguas de los ríos eran transparentes, llenas de especies. Hoy son sucias por la escoria y los desechos de las grandes ciudades y de las empresas mineras. Y si el agua está enferma, los animales y sus habitantes caen enfermos. Menos mal que existe un conocimiento indígena que ha permitido protegerlos...".

Según un informe de la ONU, gracias al conocimiento indígena sobre plantas, se producen el 80 por 100 de los medicamentos. Y es que aunque representan sólo un 20 por 100 de la superficie del planeta, las selvas tropicales contienen más de la mitad de los cerca de 14 millones de especies que existen. Hoy se conocen menos de dos millones, gran parte de las cuales desaparecerán antes de ser inventariadas. Para el antropólogo Darcy Ribeiro, una autoridad en asuntos indígenas, "el hombre blanco mata su cultura y los indios mueren con ella porque jamás serán blancos. Introducirlos en la economía del mercado, en el progreso blanco, es su sentencia de muerte".